

Desde un suburbio del mundo

Carlos Alberto Torres

CI. 8.474.333

Rojas 1949, 2° “C”

Capital Federal

Teléfono 4583-4090.

Para Eduardo, el último argentino

El último argentino, rezaba el título del concurso de cuentos que una revista de avanzada literaria proponía a los escritores de todo el país. Este cuento debía ser escrito en materia de días, y el triunfador tendría por todo premio la publicación del mismo. Aquellos textos que no fueran premiados, insinuaba amenazante la breve nota en la sección cultural de un periódico de poca circulación, podrían ser publicados en la revista, con comentarios críticos de los especialistas.

El bar, situado en la esquina de Pedernera y Rivadavia, en Flores, un barrio típico de Buenos Aires en un anochecer agobiante del verano porteño, congregaba los amigos de siempre. Todos los parroquianos eran muertos de hambre que no podían salir de vacaciones en enero, fecha donde se cerraba el mentado concurso.

El Tito Fernández Goicoetxea, poeta barrial, apuró la copa de vino y miró a sus amigos de toda la vida, el elegante Francés Duardo Dubois, todavía rindiendo el último examen de la carrera de derecho, su ocupación real en los últimos veinte años de su vida adulta; el cabezón filósofo Urbano Vidalita, siempre filosofando sobre todo, mientras tenga un toque urbano; y el hombre de gesto adusto pero placentero denotando su porte eslávico, el garbanzo Gereskian conocido misógeno del barrio, embarcado en una lucha existencial

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2° “C”. Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.

anti-*le femme* luego de varios matrimonios sin lucido final pero enormes repercusiones financieras para su pecunio.

— “Queridos--insinuo el Tito con su voz ronca de actor de teletreato radial de los cincuentas despues de leer la noticia del concurso en el periódico-- ¿y si escribimos juntos este cuento sobre el último argentino? Despues de todo, estamos casi desempleados, y quizá un poco de notoriedad si ganamos el concurso, nos permita encontrar un laburo”. Todos asintieron, con ese espíritu de colaboración que los unía desde que se macheteaban exámenes en la escuela secundaria, copiaban deberes o robaban los temas de las pruebas de la bedelia del colegio católico que los había educado.

— “Más vino, Gallego,” gritó casi desgañitándose el Francés Dubois dirigiéndose al mozo, mientras sacaba a relucir su pluma fuente y papeles de su desvencijado portafolio de cuero de res desfoliada.

En un rincón del bar, arrumado por el golpetear monótono de las bolas en la mesa de billar, el inglés Lerner Wisdom, borracho como una cuba, recitaba a voz en cuello un poema de su propia pluma:

— “This is a time of glory and mourning.

This is a time bewitched by enchantment and fear.

This is a time without passion or faith.

This is a time without you.”

— “¡Callate inglés salame!----le gritó el Tito—no molestes. No ves que estamos escribiendo un cuento sobre el último argentino? ¡Que sabrás vos de eso!”

El Francés interrumpió a Tito para preguntarle, —“¿Che Tito, qué definición proponemos de un argentino? Sino tenemos una definición, ¿podremos hablar del último de los argentinos?” La lógica del aspirante a jurista, como un teorema legal de Kelsen, era

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2º “C”. Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.

implacable. Todos miraron al Tito, conocido por la seguridad de su pluma, y la sutileza y fineza de sus análisis, marcados siempre con un cierto sabor a grasa de las empanadas que cocinaba para venderlas en la vía pública.

Por toda respuesta el Tito musitó algunos rasgos clásicos de la argentinidad. El argentino se caracteriza por la imposibilidad de su definición, afirmó sin embages.

— “Ya desde sus orígenes, como virreynato del Río de la Plata, la etimología de la Argentina proviene de la palabra ‘argent’ es decir, plata. Pero claro, este país no se caracteriza por tener abundantes depósitos de plata. Es un país cuyo nombre lo define un elemento de lo cual carece. De por sí, ya en esto, casi como un designio fatalmente perverso de la historia, la Argentina es una utopía”.

Prendió un cigarrillo, aspiró el humo, tomó otro trago de vino, y continuó con su análisis.

— “Luego viene la cuestión de un territorio prácticamente vacío antes que llegaran los españoles, con la presencia de pocos, si algún que otro habitante originario que podría definir la argentinidad aunque faltara la plata. Ciertamente es que los pocos indios que había los mataron en la campaña del desierto, pero esa es otra cuestión.”

— “Finalmente--señaló lacónicamente el Tito-- tenemos el tema de la inmigración europea y la hibridación de razas, que vuelve más espinosa la cuestión de definir la argentinidad. Si no mirémosnos a nosotros mismos. Yo de origen Vasco, el Dubois, Francés, el Gereskian Austro-húngaro de origen Croata, y vos, Urbano de origen desconocido, pero todos, así como nos vemos, somos argentinos de inmigración. Si fuéramos norteamericanos, me indicaron unos gringos que conocí en el mercado el viernes, seríamos ‘hipheneted Argentineans’.

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2º “C”. Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.

El dominio, si bien tergiversado y escueto de lenguajes del Tito, era también legendario. El razonamiento, siempre impecable del Tito, no disimuló su tristeza, su dificultad lógica e histórica en definir la argentinidad.

Pero fue el filósofo Urbano el que lo sacó del apuro cuando preguntó por qué el cuento tenía que ser sobre los argentinos y no sobre las argentinas. Basado en sus últimas lecturas feministas, mientras con los pocos dientes que le quedaban en esa cabeza inmensa de toro que lo caracterizaba deglutía manices, aceitunas y queso, todo mezclado en un bollito con migajas de pan y apuraba otro vaso de vino, intervino. — “Me parece--dijo casi con desgano y la boca llena mientras arrastraba las palabras-- que hay discriminación sexual en el título del cuento. Y me opongo a escribir sobre los argentinos. Prefiero escribir sobre las argentinas, con sus siluetas deliciosas, sobre todo con esos soleros de verano transparentes, con ropas interiores insinuantes, con esos colores tostados... ¡Por Dios, quiero que escribamos sobre las argentinas!”

El garbanzo Gereskian no pudo resistir y se paró dando un puñetazo en la mesa:— “Carajo. Estoy aquí en rueda de amigos para disfrutar de la vida, no me hablen de las mujeres, ese animal de cabellos largos y pensamientos cortos como sentenció algún filósofo alemán de nombre impronunciable...”

Lo cortó el Francés, con cordialidad, para corregirle que el filósofo era de origen Dinamarqués y su nombre era Kierkegaard.

— “Me da lo mismo su origen-- insistió el garbanzo enfurecido. Me parece que definió la esencia de lo femenino y que deberíamos honrar su pensamiento. No quiero que me digan que escribiremos sobre las argentinas. Detesto a las argentinas.”

El Tito miró incrédulo el arrebato del garbanzo pero desistió de confrontarlo. Cuando el garbanzo arremetía contra las mujeres no se lo podía calmar. Miró el Tito al Francés, el

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2º “C”. Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.

cual garabateaba palotes en el papel, sin haber escrito una sola línea y le dijo: —“Che, Francés, vos sabés que en un colectivo, tratando de levantarme una mina, cuando le dije que yo escribía poesía, ella me dijo que escribía cuentos y me habló de un escritor argentino, Piglia, creo, que dijo que el arte de narrar se funda en la lectura equivocada de los signos. Pero, me pregunto, ¿si podemos hacer una lectura equivocada es porque conocemos los signos, no es cierto? Decime ¿cómo hacemos para escribir este cuento si no podemos definir qué es el argentino?”

Entre vahos del humo de los cigarrillos que circulaba por el bar el Francés recogió el guante, recordando que en la universidad él también había leído a Piglia, y que este había dicho en realidad que el arte de narrar es el arte de la percepción errada y la distorsión. Sin sacar conclusión alguna de este principio señaló, con la claridad que lo caracterizaba dada su mentalidad de leguleyo en ciernes: — Tito, es imposible definir un efecto sin una causa. No puede hablarse del último argentino sin poder definir qué es un argentino.” El tema estaba saldado, sentenció el aspirante a juez haciendo justicia a un tema espinoso. Un corto silencio siguió a esta casi profesía legal. El Tito maldijo con un estupero irreproducible la situación, y miró al filósofo Urbano Vidalita, para ver si podría sacarlos del atolladero. Este se enzarzó en todo tipo de argumentos, algunos válidos, otros irrelevantes, la mayoría de estos falsos. Lo apodaban el filósofo porque alguna vez leyó un libro titulado Filosofía Postmodernista y desarrolló una tendencia a emprender largos soliloquios y fundarlos—según él-- en argumentos filosóficos, aunque en realidad era un sofista típico de todo bar porteño. Por eso la falsedad de sus dichos condecían con la falsedad de sus análisis, todos ellos, como buen argentino, terminando en absurdos trágicos. Pero esta vez fué claro, conciso y breve:

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2° “C”. Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.

—“Lo que define al argentino es el tango. No hay otra definición mejor que un tango orillero, incorporando las luchas de los criollos e inmigrantes por conocerse, reflejando las pasiones más sórdidas pero también las más nobles. Sino, imagínense como gracias al tango se había propagado el amor a la madre, en fin....”

Quería seguir, pero en ese momento el garbanzo Gereskian intervino, más calmado:

—“ Disculpen muchachos que me desbandé un poco. Los conceptos que expresé antes sobre las mujeres no incluye ni a mi madre ni la madre de ninguno de los presentes, verdaderas santas.”

Aceptada la excusa, fue el turno del Francés que dijo, esta vez con convencimiento y fuerza:

— “Esto es una misión imposible. No se puede definir al argentino, hay polémica de si tendríamos que escribir sobre el argentino o la argentina, y finalmente, al haber falta de causa no tenemos efecto, es decir, saber que le pasará al último de los argentinos. Propongo que dejemos este proyecto absurdo y nos dediquemos a las cosas importantes de la vida. Decime, garbanzo-- preguntó el Francés-- ¿vos sabés si River juega con todos los titulares frente a San Lorenzo el domingo?”

El mozo, Gallego de Orense, logró hacer que un hijo transcribiera la conversación que había capturado de manera casual en el bar al probar un nuevo grabador, su regalo de reyes, y la envió a publicar, obteniendo el máximo galardón en el concurso de cuentos, y un honorario de \$300 pesos que no había sido anunciado para evitar que escritores mercenarios concursaran.

El Gallego fue recibido por la sociedad literaria argentina y los sectores cultos como la revelación del año, ya que no siendo argentino, y aún más, siendo casi analfabeto, pudo escribir con la sutileza, elegancia y versatilidad que sólo los grandes escritores tienen, el

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2° “C”. Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.

verdadero cuento sobre el último argentino. Los amigos del café, todavía discutiendo sobre fútbol, ni se enteraron.

Carlos Alberto Torres (CI. 8.474.333). Domicilio: Rojas 1949, 2° "C". Capital Federal.
Teléfono 4583-4090.